

que nada sospechase la gente del Templo, en su presencia misma hemos depositado el cuerpo del Rabí en el túmulo nuevo que está en el huerto de José. Tres veces las mujeres lloraron sobre la piedra que, conforme á los ritos, como sabéis, no cierra enteramente el túmulo, dejando una larga hendidura por donde se veía el rostro del Rabí. Algunos sirvientes del Templo lo reconocieron diciendo: «Está bien», y se retiraron luego á sus moradas... Yo entré por la puerta de Genath. Nada más he visto. Pero apenas anochezca, José y otro, fiel enteramente, deben ir á buscar el cuerpo de Jesús, y con las recetas del libro de Salomón, hacerlo salir del desmayo en que le postró el narcótico y el sufrimiento... ¡Venid, pues, vosotros que lo amáis también y creéis en él!...

Impresionado, decidido, Topsius envolvióse en su amplia capa; y descendimos con cauto silencio por la escalera que de la terraza conduce á un camino de menuda piedra, pegado á la muralla de Herodes.

Largo tiempo caminamos en la obscuridad guiados por las blancas vestiduras del esenio. De entre casuchas en ruinas, á veces, un perro saltaba aullando. Sobre las altas almenas, pasaban mortecinas luces de ronda. Después una sombra que tosía alzóse del pie de un árbol triste y en calma, como si saliese de una sepultura; y rozando mi brazo, sacudiendo la capa de Topsius, nos rogaba, á través de gemidos y entre tufaradas de ajo, que fuésemos á dormir á un lecho que había perfumado de nardo.

Paramos por fin ante un muro cuya entrada cerraba una gruesa estera de esparto. Un corredor, rezumante de agua, nos llevó á un patio rodeado por una baranda (que se asentaba sobre rudas vigas de madera; el suelo, blando como lodo, apagaba el rumor de nuestras pisadas.

Gad lanzó tres veces, con intervalos, el grito de los chacales. Nosotros esperábamos en medio del patio, al borde de un pozo cubierto con tablas: encima de nosotros el cielo tenía la obscuridad

dura e impenetrable de un bronce. Al cabo de algún tiempo, bajo la baranda, surgió la claridad de una lámpara, alumbrando la barba negra del hombre que la traía, y que echara sobre su cabeza la punta del albornoz pardo de galileo. Pero el viento apagó la luz. Y el hombre, lentamente, en las tinieblas, caminó hasta nosotros.

Gad exclamó:

—¡Que la paz sea contigo, hermano! Estamos prontos.

El hombre posó lentamente la lámpara sobre el brocal del pozo y dijo:

—¡Todo está consumado!

Gad, estremecido, interrogó:

—¿El Rabí?

El hombre, después de haber sondeado la sombra en derredor con los ojos inquietos que relucían como los de un animal del desierto, se acercó más á nosotros hablando en voz baja:

—Son cosas más altas, que no podemos comprender. Todo parecía verdad. El vino narcotizado había sido dispuesto por la mujer de Rosmofim que es hábil y conocedora... Yo había hablado al centurión, un camarada á quien salvé la vida en Germania, en la campaña de Publio... Cuando colocamos la piedra sobre el sepulcro de José de Ramalha, el cuerpo del Rabí estaba caliente.

Se detuvo, como si el patio no fuese lugar bastante seguro. Nosotros temblábamos de ansiedad. Yo sentí que una revelación iba á pasar sobre mí, prodigiosa, iluminando los Misterios. Al fin, el hombre dijo como un murmullo triste de agua corriendo en la sombra:

—Anochecido, volvimos al sepulcro. Miramos por la hendidura; la faz del Rabí estaba serena y llena de majestad. Levantamos la losa y sacamos el cuerpo. Parecía adormecido en los paños que lo envolvían... José tenía una linterna; le llevamos por el Gareb, corriendo á través de la arboleda. Al pie de la fuente, encontramos una ronda de la cohorte auxiliar. Dijimos: «Es un hombre de Joppé que enfermó, y al cual llevamos á una sinagoga». La



ronda dijo: «Pasad». En casa de José estaba Simeón el esenio, que ha vivido en Alejandría y conoce las virtudes de las plantas: todo estaba preparado... Extendimos á Jesús en la estera. Le dimos á beber los cordiales; esperamos orando... ¡Ay! Sentíamos bajo nuestras manos enfriársele el cuerpo. Un instante abrió lentamente los ojos. Una palabra salió de sus labios. Era vaga, no la comprendimos... Parecía que invocaba á su padre y que se quejaba de algún abandono... Después le recorrió un estremecimiento: en las comisuras de su boca apareció un poco de sangre... ¡y con la cabeza sobre el pecho de Nicodemus, el Rabí quedó muerto!

Gad cayó pesadamente de rodillas sollozando. El hombre, como si todas las cosas hubiesen sido dichas, dió un paso para buscar su lámpara que había dejado en el brocal del pozo.

Topsius le detuvo con avidez:

—Escucha. Necesito saber la verdad. ¿Qué hicisteis después?

El hombre se detuvo al pie de los pilares de madera. Luego, alargando los brazos en la obscuridad y tan cerca de nuestros rostros que yo sentía su aliento, murmuró:

—Era necesario para bien de la tierra que se cumpliesen las profecías. Durante dos horas José de Ramatha oró postrado. No sé si el Señor le habló en secreto; pero cuando se alzó su faz resplandecía y gritó: «Los tiempos llegarán». Después, por su orden, enterramos al Rabí en una caverna tallada en roca que José de Ramatha tiene tras el molino.

El galileo atravesó el patio y tomó su lámpara. Se retiraba lentamente, sin su rumor, cuando Gad, alzando el rostro, le llamó á través de sus sollozos:

—Escucha aún. ¡Grande es el Señor en la verdad!... ¿Y el otro túmulo, donde las mujeres de Galilea le habían dejado envuelto en tela con áloes y con nardo?

El hombre, sin detenerse, murmuró ya sumido en las tinieblas:

—¡Allá quedó abierto! ¡Allá quedó vacío!

Entonces Topsius me arrastró por el brazo tan atropelladamente, que tropezamos en la obscuridad contra los pilares de la baranda. Allá en el fondo abrióse una puerta con brusco estruendo de hierros caídos... Ví una plaza rodeada de pálidos arcos, triste y fría; en la unión de las losas crecía la yerba como en una ciudad abandonada. Topsius se detuvo; sus anteojos fulguraban.

—¡Teodorico! ¡La noche terminal! ¡Vamos á partir de Jerusalem! Nuestra Jornada al Pasado acabó... La leyenda inicial del cristianismo está hecha: va á morir el mundo antiguo.

Asombrado y estremecido, miré al docto historiador. Sus cabellos ondeaban agitados por un viento de inspiración. Las palabras que salían de sus labios retumbaban terribles y enormes, cayendo sobre mi corazón.

—Al acabar el Sabbath, las mujeres de Galilea volverán al sepulcro de José de Ramatha, donde dejaron sepultado á Jesús... Le encontrarán abierto y vacío... «¡Desapareció, no está aquí!...» Entonces María de Magdala, creyente y apasionada, irá gritando por Jerusalem: «¡Resucitó, resucitó!» De esta manera el amor de una mujer cambia la faz del mundo y da una religión más á la humanidad.

Y levantando los brazos, corrió á través de la plaza, donde los pilares de mármol comenzaban á caer sin ruido y blandamente. Jadeando llegamos al portal de Gamaliel. Un esclavo, que aún tenía en las muñecas pedazos de las cadenas rotas, guardaba nuestros caballos. Montamos. Entre un fragor de piedras arrastradas por un torrente llegamos á la puerta de Oro. Galopamos hacia Jericó, por la calzada romana de Sichern, tan vertiginosamente, que no sentíamos las herraduras herir las losas negras de basalto. La capa de Topsius volaba, rajada por una cuchillada furiosa. Los montes corrían á los lados como fardos sobre lomos de camellos en la desbandada de un pueblo. Mi yegua volaba y yo veía en el aire su aliento encendido:



me agarraba á las crines aturdido, como si volase entre nubes...

De repente avistamos entre las sierras de Moab la planicie de Canaán. Nuestro aduar blanqueaba junto á las brasas moribundas de una hoguera. Los caballos se detuvieron temblando. Corrimos á las tiendas; sobre la mesa, la vela que Topsisius encendiera para vestirse hacía mil ochocientos años, agonizaba, con un pábilo luminoso y rojizo... Derrengado por la jornada, me eché sobre el catre sin descalzarme siquiera las botas blancas de polvo...

Inmediatamente me pareció que una antorcha flameante penetraba en la tienda, esparciendo un brillo de oro... Me levanté asustado. Con un rayo de sol que llegara desde los montes de Moab, entraba el alegre Potte en mangas de camisa, con mis botas en la mano.

Arrojé la manta y me incorporé para comprobar mejor la mudanza terrible que desde la víspera se hiciera en el universo. Sobre la mesa yacían las botellas de *Champagne* con que brindamos á la Ciencia y á la Religión. El envoltorio de la corona de espinas estaba á mi cabecera. Topsisius, en su catre, con un pañuelo atado á la cabeza, bostezaba poniéndose los anteojos. El risueño Potte, censurando nuestra pereza, quería saber si apeleciamos aquella mañana «tapiocá» ó «café».

Dejé salir deliciosamente del pecho un ruidoso y consolador suspiro; y en el júbilo triunfal de sentirme reintegrado en mi individualidad y en mi siglo, salté sobre el colchón y con la falda de la camisa al viento, grité:

—¡Tapioca, Potte! ¡Una tapioca muy dulce y muy buena, que sepa bien á mi Portugal!

v

Al otro día, domingo, levantamos nuestras tiendas, y caminando hacia occidente por el valle de Cherith, dimos comienzo á nuestra peregrinación por Galilea. Pero fuese que la consoladora fuente de la admiración se hubiese secado en mí, ó que mi alma, arrebatada por un momento á las cimas de la Historia y sacudida por ásperos escalofríos de emoción, ya no pudiese complacerse en aquellos tranquilos y yermos caminos de Siria, ello es que sentí siempre indiferencia y cansancio, desde el país de Efraim hasta el país de Zabulón.

Cuando aquella noche acampamos en Bethel, la luna llena comenzaba á mostrarse tras los montes negros de Gilead... El festivo Potte me enseñó el suelo sagrado en que Jacob, pastor de Bersabé, había visto en sueños una escala luminosa, hincada á sus pies y arrimada á las estrellas, por la cual subían y bajaban, entre tierra y cielo, ángeles silenciosos. Yo bostecé formidablemente murmurando:

—¡Tiene gracia!...

Y así, bostezando, atravesé la tierra de los prodigios. La gracia de los valles me aburrió tanto como la santidad de las ruinas. En el pozo de Jacob,